

III. RESEÑAS

Nicanor Parra:

SERMONES Y PREDICAS DEL CRISTO DE ELQUI

Galería Epoca. Universidad de Chile

Santiago, 1977

Aunque la antipoesía todavía no ha recomendado este método, pienso que no lo objetaría: voy a proponer entrar en la lectura del último libro de Nicanor Parra no por el comienzo sino al revés, por el último poema de la serie de *Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui*, publicada en dos volúmenes¹.

Aun este poema final aporta luces para una caracterización que no llega nunca a ser cabal del personaje central y de su "caso". El Cristo de Elqui se protege aquí con insistencia ante un presunto juez de la acusación de poseer "espíritu de lucro". Las interrogaciones retóricas con las que se defiende sintetizan para el lector las virtudes que el personaje cree poseer. Aunque luego confiesa que, efectivamente, vende folletos con sus enseñanzas, explica que lo hace por necesidad. Ha de sobrevivir y no dispone de otros medios. Si pudiera hacerlo, regalaría no sólo sus propias obras sino toda la buena literatura universal. Y entrega, a continuación, una lista de sus obras preferidas. Termina así el poema y la colección de *Sermones y Prédicas*, con este dato precioso que permite ligar una obra literaria con otras y sorprender al autor distanciándose de su creación y, sopesándola, señalar afinidades y resonancias. Aunque parezcan aburridas, estas enumeraciones de obras dan acceso rápido a lo recóndito de personajes y, a veces, de autores (recuérdese el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote o la nómina de escritos de Pierre Menard, "no demasiado divertida" según dictamen del propio Borges)².

Que yo sepa, sólo dos artículos se han publicado comentando críticamente este libro de Parra³. Extraña indiferencia para con un poeta que en los años sesenta provocaba gran interés. Tuvo, por esos años, legiones de seguidores, traductores,

*Leído en la Convención Anual de la M.L.A. (Modern Languages Association) en Nueva York, diciembre de 1981).

¹Nicanor Parra, *Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui*. Santiago: Galería Epoca / Universidad de Chile, 1977; y *Nuevos Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui*. Valparaíso: Ed. Ganymedes, 1979.

²En el prólogo a *Ficciones*.

³Ignacio Valente en *El Mercurio*, 18 dic. 1977 y José Miguel Oviedo en *Vuelta*, n. 23, 41-43. Hay también una reseña de I. Valente sobre el segundo volumen en *El Mercurio*, 18 marzo 1979. Por mi parte, incluí una referencia a este libro en mi ponencia "Tendencias actuales en la poesía latinoamericana", presentada en el Congreso de la Asociación Europea de Profesores de Español, Budapest, julio 31 1978. Una versión abreviada de ese trabajo se publicó en inglés, "Latin American Poetry in the Seventies" en *New Orleans Review* (Latin American Issue) v. VII, n. 3 (Fall 1980), 219-23.

divulgadores e imitadores en una vasta República de las Letras que lo acogía y parecía consagrarlo. Los Artefactos, su penúltima obra, fueron un mal paso. Así lo reconocen hasta sus admiradores más obsecuentes⁴. Esas breves andanadas verbales parecieron exceder los límites del territorio poético. Más allá, se podía temer, sólo quedaba el silencio. Pero esta declinación de Parra ni borraba lo ya cumplido (en *Poemas y Antipoemas*, en *Versos de Salón*) ni autorizaba realmente a rechazar sin examen lo que viniera después. Habrá que atribuir más bien a cuestiones extraliterarias el silencio que hoy impera en torno a la poesía de Parra. Lo importante es, sin embargo, que el otro silencio, el del creador, se ha roto con la publicación de este libro y con ella se desvanecen los temores de que el estro poético de Parra se hubiese extinguido.

La serie de 63 poemas constituye una exposición asistemática, pero no del todo caprichosa, de los motivos y creencias del Cristo de Elqui. Tal es el apodo de un personaje real que vivió en Chile en los años treinta, publicó folletos varios, recorrió el país predicando y ganó fama popular de ser, a lo menos, un excéntrico. Ignoro más detalles de la biografía de Domingo Zárate Vega, de sus enseñanzas y publicaciones y no sé, por tanto, hasta dónde llega la invención de Parra⁵. Lo que es evidente es la perfecta simbiosis entre el creador —o recreador— y la creatura. La primera genialidad de Parra fue la de recoger o moldear a un personaje que, salvadas las diferencias circunstanciales obvias, se le parece tanto que el hablar del uno parece, en clave diferente, convenir al otro.

Siempre hubo en la poesía de Parra un gesto de autorridiculización, estimulado por la naturaleza de su empeño de demolición poética. Paralela a esta degradación del yo corría la exaltación de la antipoesía y el efecto final vacilaba entre el absurdo y la fanfarronada. El antihéroe de la antipoesía era aparentemente ridículo (cuando confrontado con los hábitos del mundo moderno) pero, en verdad, secretamente admirable (puesto que practicaba el oficio poético de signo más avanzado). Ahora, en cambio, el personaje sirve de maravillas: no sólo parece absurdo sino que también lo es.

Trataré de poner en cierto orden lo que al lector se le ofrece de manera progresiva y en forma fragmentaria. Domingo Zárate Vega es trabajador en las salitreras del norte de Chile cuando, al morir su madre, siente, con la fuerza de una revelación divina, que ha de cumplir una penitencia de duelo riguroso por veinte años. Así lo hace, renuncia al mundo y sus placeres, y, luego de un retiro en el desierto, cumple una vida de sacrificios y prédicas, solo, pobre, ridiculizado y cargando con el apodo de "El Cristo de Elqui". Los poemas van dejando en claro su historia, la fidelidad obsesiva al recuerdo materno, la preocupación religiosa (tan absorbente como heterodoxa), su irreprimible inclinación a ofrecer comentarios y consejos de índole práctica, moral o política. La narración en primera persona revela ánimo de explicar y justificar una conducta que se adivina cuestionada, y aun,

⁴Por ejemplo, José Miguel Ibáñez L. (Ignacio Valente) en su prólogo a *Antipoemas* (Barcelona: Seix Barral, 1972): "yo no suscribiría un elogio de los artefactos como la mejor parte de la poesía de Parra", (p. 51)

⁵Las fotos del personaje y de la carátula de sus publicaciones reproducidas en el primer volumen disipan las dudas que pudieran tener los lectores respecto a la naturaleza puramente ficticia del Cristo de Elqui.

como se ve en el poema final, judicialmente. De ahí también el tono de absoluta seriedad con que el personaje narra su "caso". La discrepancia entre esa seriedad y lo que el lector advierte como desmesuras y disparates del hablante es la que confiere humor constante al poemario. Y aun en aquellos poema en que el lector puede coincidir con los postulados o creencias que expresan hay siempre humor, gracias, en estos casos, a la colorida expresión popular. Es aquí donde cabe admirar el trabajo de Parra, imperceptible como esfuerzo pero notable como resultado, en el nivel del lenguaje.

Aunque algunos fanáticos de la antipoesía querrían que así lo fuese, no es Parra quien primero aprovecha las posibilidades poéticas del lenguaje prosaico. En la literatura universal, discuten Cernuda y Paz si hemos de considerar a Wordsworth o a Laforgue;⁶ en la latinoamericana primero están algunos modernistas, Lugones, López Velarde y el propio Darío,⁷ y aun en Chile se anticipan a Parra, Neruda y Pezoa Véliz. Aun así, me parece que es Parra quien, en la literatura latinoamericana, más consistentemente se ha servido de él como herramienta poética. En este libro, una vertiente de su comicidad proviene de la seriedad del personaje. (Demuestra así Parra cabalmente lo que un antiguo verso suyo proclamaba: que "la verdadera seriedad es cómica")⁸. Pero este ingrediente por sí sólo no habría bastado para sostener el interés de la extensa serie. Es la inflexión inconfundible del habla popular, con sus refranes, modismos, clisés y sus correspondientes ritmos y torsiones lo que da frescura y liviandad a lo que pudo quedarse, en manos menos expertas, en mera broma pesada a costa de un ser insignificante, de un perturbado mental. Esta habla popular vivifica discursos que vuelven reiteradamente en torno a una cantidad, aunque amplia, limitada de tópicos y no está impuesta desde afuera por capricho autorial sino que surge naturalmente, justificada por la ubicación social del personaje y su necesidad de comunicarse con una masa de ciudadanos carentes de sofisticación.

El lector implícito es, pues, un ente bifronte, conectado con una chilenidad folclórica cultural (tanto gestual como lingüística) y a la vez con la tradición literaria de ironía y ruptura, tradición a la que la antipoesía ha llegado a sumar fuerzas contribuyendo a afianzar. Dos voces se escuchan pues en esta retahíla de Sermones y Predicas. Una, directa, ingenua, la del predicador charlatán, que emite un ideario sólo aparentemente coherente, y otra, oblicua, irónica, culta, la del verdadero manipulador del texto lingüístico, la de Nicanor Parra, que de modo sutilísimo mueve sus hilos, da sus toques de énfasis, reticencias, ambigüedades, mezclando veras y burlas, combinando disparates y alusiones equívocas, oculto siempre tras el hablar inocente de un simplón. El resultado final no es algo radicalmente diferente a lo que Parra ha hecho anteriormente. En cuanto al lenguaje, que es ahora no sólo ocasional sino consistentemente coloquial, ha perdido con ello el efecto de la disonancia frente al discurso, todavía "poético", que organizaba muchos de sus poemas (pienso, por ejemplo, en "Se canta al mar", "Hay un día feliz" o "Es olvido")⁹. Pero la pérdida de esa tensión entre un discurso "noble" y uno "vulgar"

⁶Octavio Paz, *Cuadrivio*, México J. Mortiz, 1965, pp. 181-83.

⁷O. Paz, *op. cit.*, pp. 25, 45 y 183.

⁸Nicanor Parra y Pablo Neruda, *Discursos*. Santiago, Nascimento, 1962, p. 16.

⁹Recogidos en *Obra Gruesa*, Santiago, Universitaria, 1969, pp. 25, 20 y 23.

está compensada con la contraposición constante de otros elementos. Por ejemplo, uno de los más salientes, el de la ambigüedad referencial. No todo lo que dice el Cristo de Elqui se corresponde con su circunstancia personal o histórica. En flagrantes anacronismos surgen alusiones a la actualidad de Parra, muy posterior a la de su personaje. (Hay anacronismos lingüísticos, como el uso de la expresión "momio"¹⁰, acuñada en Chile en los años sesenta y anacronismos políticos, como las referencias a la Democracia Cristiana y a la Revolución Cubana, también posteriores ambas a la época vivida por el Cristo de Elqui). Acaso el mejor ejemplo sea el del poema xxiv que mezcla tres épocas de la vida chilena: la de la presidencia del General Ibáñez, señalada en forma explícita, la de González Videla, aludida indirectamente al mencionarse la ciudad de Pisagua donde fueron relegados los presos políticos, y la actual, de Pinochet, insinuada en el verso "en Chile no se respetan los derechos humanos", declaración que en este contexto resbaladizo queda a salvo de cualquier censor.

Algunas de las acusaciones de las que se defiende el Cristo, especialmente las de indefinición política, parecen reproducir las que todos hemos oído esgrimir contra Parra. Así, el poema LVIII:

*Gelatinoso
ingenuo marxistoide
tres epítetos mal intencionados
que me cuelga la prensa reaccionaria
a pesar de saber perfectamente
cómo cuándo
y adónde me aprieta el zapato
basta con observar mi vestimenta
para ver que no soy blanco ni rojo
sino tirado para el ultravioleta
que es el color de Nuestro Señor Jesucristo.*

Otro afortunado recurso del autor es valerse de la impropiedad con que su personaje se expresa (es un discurso plagado de anacolutos y otras incorrecciones gramaticales) para dejar sermones y prédicas que pretenden querer decir algo, sin decir realmente nada. Esto ocurre de preferencia en poemas referidos a lo político. En los religiosos, el decir es más directo, la intención, unívoca. Estos pasajes que quedan en los textos como poleas locas girando en sí mismas, atacan a la lógica del fragmento como los poemas individuales atacan a la del conjunto. Es evidente que la contradicción es la ley que, paradójicamente, da estructura, sentido y unidad a estos poemas. Las contradicciones del texto son, sin embargo, perfectamente explicables, referidas como están a un personaje contradictorio, seguramente insano, que se expresa en discursos no siempre aprehensibles y que es manejado indirectamente por un autor que se resiste también, por su parte, a los habituales esquemas de encasillamiento.

¹⁰"Momio" en el poema xxxvi, es expresión que refiere, en Chile a persona de ideario conservador, de derecha.

Veamos, como muestra, una lista no exhaustiva de acciones y declaraciones contradictorias del personaje: al morir su madre, antes de iniciar la penitencia de veinte años, se echa a reír (II); recomienda la castidad... pero también la educación sexual, aunque sea por correspondencia (VII); guía su vida por una aparición divina... pero se declara, alternadamente, "fundamentalista" (XVIII) y "librepensador" (XVIII); decide ser manso y paciente (X)... pero revela, a veces, muy poca paciencia y mendedumbre; no le importa el "qué dirán" sobre su vida o apariencias... pero pide, no obstante, comprensión simpática (XI); critica la ignorancia religiosa de quienes rezan a la Virgen con palabras destinadas al Padre (XIII)... pero él mismo reza "Madre nuestra que estás en los cielos" (LXII); amenaza fieramente a los que duden de un Dios creador (XXXVIII) o se burlen de lo sagrado o lo patriótico (XXIII)... pero él mismo también a veces duda de Dios (XLI), injuria a la Virgen (XLI) y despotrica contra Chile (LI); en materia política rechaza la socialización excesiva (XXXVI)... pero profetiza con entusiasmo el triunfo presidencial de un socialista en Chile (LIII), dice votar por los comunistas (LVI) y hace una evocación reverente de Emilio Recabarren (LXI).

Volvamos ahora al poema final, el LXIII, que nos muestra al Cristo, una vez más, en actitud defensiva, pero esta vez enfrentado a la justicia por cargos que el texto deja suponer. La estrofa inicial tiene dos partes, ambas de índole enumerativa. La primera contiene suposiciones absurdas que la razón rechaza de plano ("si amar a Dios sobre todas las cosas / es poseer espíritu de lucro") y la segunda contiene las conclusiones sobre el carácter del Cristo de Elqui que se derivarían de la serie anterior si ellas fueran verdaderas. Esto es, si amar a Dios, si no jurar en vano, si venerar a los padres, si ser respetuoso, casto, religioso, si todo ello revela espíritu de lucro, entonces, el Cristo de Elqui (y qui se da por descontado que él goza de tales virtudes) es el peor de los comerciantes, el más ruin, el más vil, el más canalla. Sin embargo esta lectura, que me parece la recta —y casi obvia—, está dificultada por la inserción de un verso que disuena en el discurso, el verso 15 ("para qué nos echamos tierra a los ojos"), expresión coloquial que es, por su desconexión lógica con el texto en que se inserta, una frase aparentemente gratuita de quien, como Sancho echaba refranes, echa modismos populares con más frecuencia que necesidad. Pero adviértase que basta la inserción estratégica de ese verso para que las afirmaciones de los tres versos siguientes parezcan, no la consecuencia lógica de la serie inicial, sino afirmaciones autodenigratorias de un personaje que, por humildad verdadera o fingida, es pródigo en ellas. Es un simple ejemplo de este procedimiento que utiliza Parra con gran eficacia para intensificar efectos de sorpresa, ambigüedad y contradicción.

Veamos ahora las preferencias literarias de nuestro Cristo. Conociendo ya la tónica del libro, que no nos sorprenda que un personaje que se declara, con modestia acaso excesiva, "un analfabeto" (XI), se permita recomendarnos lecturas y emitir juicios de valor literarios. Como la lista es suficientemente heteróclita, en que libros muy populares se citan junto a otros rebuscados, la enumeración parece contribuir al propósito de desconcertar al lector —presente hasta el momento de clausurar la serie—. Sin embargo, creo interesante detenerse a considerar estas obras que el Cristo regalaría, según nos asegura, si fuera millonario. Las menos insólitas son la Biblia, dada la índole "a lo divino" del personaje (ya veremos que esta mención es en verdad la más contradictoria) y esas otras dos "biblias" seculares, el Quijote y el Martín Fierro que conectan al hablante con un loco sublime y con un

desertor social, cantor ambulante de sabor criollo, también un perseguido. Las cuatro obras restantes son no menos reveladoras. ¿Qué relaciones pueden tener entre sí y con la colección de Sermones y Prédicas, una novela juvenil de Víctor Hugo, las viejas leyendas del Rey Arturo, una extravagante trilogía del siglo xi y una heroína trágica de la literatura popular surgida en el siglo viii? En tres de ellas podemos suponer un mecanismo de identificación, comprensible de parte del Cristo de Elqui. Tanto Genoveva de Brabante, como el Rey Arturo y el bandido Han de Islandia son personajes tocados por la tragedia, todas ellas más o menos melodramáticas, en las que la pérdida del amor conyugal o la muerte de un familiar desencadena la obsesión de las víctimas. Particularmente atractiva debe resultarle al predicador chileno la derivación que el Rey Arturo hace de su tragedia conyugal hacia una empresa de perfección varonil caballeresca y luego espiritual (la recuperación del Santo Graal). En el destierro por 6 años en un bosque que sufre Genoveva, su fidelidad al amor de su marido, su sumisión angélica y su sobrehumana resignación puede estar la clave de la inclusión de esta leyenda en la lista de los escogidos. La mención más reveladora —y también la más discutible— es la de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno. (Aunque se menciona la trilogía entiendo que el personaje clave es aquí Bertoldino, el grotesco personaje de Giulio Cesare Croce (1550-1609), embarcado siempre en empresas descabelladas, lleno de arrebatadas exaltaciones. El absurdo comportamiento y su capacidad ilimitada de provocar situaciones divertidas entronca a Bertoldino con las creaturas de Parra y bien puede haberle servido como modelo paralelo al del predicador chileno para llegar al producto final, el personaje literario, obviamente híbrido, de la serie. A diferencia de lo que ocurre con los protagonistas de las otras obras, no es plausible imaginar al Cristo identificándose con Bertoldino, ya que él, si le reconocemos ese mínimo de lógica, sólo puede operar desde la visión subjetiva de sí mismo. Sólo a nosotros, lectores distantes, debiera estarnos permitido percibir la analogía. No olvidemos que la comicidad del personaje de Parra depende en gran medida de la absoluta seriedad con que vive, observa y defiende su propia vida. Si él fuera capaz de la distancia crítica necesaria para identificar su vida con la de un gracioso nos obligaría a reconsiderarlo, acaso como a un impostor, en vez de tomarlo por lo que es a lo largo de todo el libro; una combinación prodigiosa y auténtica de charlatán, iluminado y lunático.

Y, para terminar, consideremos la mención bíblica. Este libro sagrado se menciona directamente en tres poemas: el xli, el lxii y el lxiii. En el primero de ellos las afirmaciones del personaje chocan violentamente con casi todo lo que ha dicho en poemas anteriores. Se duda en él de que la Biblia sea el texto inspirador por excelencia. Herejías, repudiadas en otros pasajes, son sustentadas aquí por él mismo. Que Dios no existe, o que es hermafrodita, o que el Diablo es más poderoso, o que la Virgen era liviana de cascos. Luego de lograrse el efecto de escándalo y la sorpresa de la contradicción, en el verso final, quien esté informado de una costumbre chilena del hombre del pueblo, encontrará explicación: el atrevido discurso surge en la situación del "filosofar" "a medio filo" (en estado de intoxicación alcohólica en fuente de soda o pequeño bar, rodeado de amigos y botellas de cerveza que se ordenan por docenas o por metros cuadrados y se beben hasta la embriaguez total). Justificadas las heterodoxias del predicador, permanece no obstante la contradicción de su conducta, ya que ha asegurado que es abstemio y en esta escena podemos imaginarle casi borracho. Si ebrio repudia la Biblia, cuando deje de estarlo

volverá a aceptarla como corresponde a sus creencias, pensamos ingenuamente los lectores. Pero en el poema LXII (que es un elogio exaltado de la madre, al punto que el Cristo propone en él sustituir la invocación en el Padrenuestro) le ruega al lector, para que acepte su proposición, que la piense “como si no existiera la Biblia, / porque la Biblia suele confundirnos”. El juego de estos dos poemas nos autoriza a deducir que el xLI expresaba exaltadamente lo que en el LXII se nos revela como auténtica duda religiosa, aunque expresada aquí con la moderación correspondiente al estado de normalidad recuperado por el hablante. El alcohol estimuló y exteriorizó (¡in vino veritas!) la duda legítima de quien, al no ser clérigo regular, no se siente obligado a obedecer puntualmente dogmas sagrados.

Pero, ¿cómo entender entonces, a renglón seguido, en el poema LXIII, que el hablante declare que la Santa Biblia “es el único libro verdadero” y que “los demás son hermosos pero falsos”? ¿Es que ha habido una reflexión entre uno y otro poema que induce al Cristo a desdecirse? Y, si de verdad cree que la Biblia es el más importante, ¿por qué no encabeza con ella la enumeración de los libros admirables? ¿Se trata de una declaración meramente ortodoxa pero insincera, tal vez para favorecer su causa ante el Tribunal? ¿O querrá sugerir que ante ciertas autoridades conviene no insistir en la disidencia, y así como Galileo pudo declarar, contra sus convicciones, que era el sol el que giraba, bien puede él aceptar la absoluta primacía de la Biblia.

Detengamos aquí, más bien, esta serie de preguntas. Lo importante no es ahora verificar la ideología del Cristo de Elqui. Mi propósito, más modestamente, es el de sugerir que la última empresa literaria de Parra no es lo que parece a primera vista: una improvisación gratuita de disparates más o menos graciosos. Sustentando esa frágil arquitectura de línea leve hay un trabajo maestro de elaboración de un texto literario. Si se le da a éste la atención que se merece, no se le negará a Parra, me parece, el mérito de haber hecho, con un texto de humor, una obra literariamente seria y perfectamente rigurosa. Seria, pero no solemne, en la mejor tradición de la antipoesía.

CARLOS CORTÍNEZ
Dickinson College